

» santo concilio ecuménico, y que la confirmacion de todas las
 » cosas ordenadas y definidas, tanto bajo los soberanos pontí-
 » fices Paulo III y Julio III de feliz recordacion, como bajo
 » nuestro santísimo Padre Pio IV, sea pedida en nombre del
 » santo concilio por los presidentes y legados de la Silla apos-
 » tólica al bienaventurado pontífice romano? » Todos respon-
 » dieron : *Placet*. Luego el cardenal Morone, dando la bendicion
 á los prelados reunidos, pronunció la acostumbrada fórmula
 de clausura : « Reverendísimos Padres, idos en paz ; » y res-
 » pondieron todos : *Amen!* Los Padres lloraban de puro con-
 » tento y se abrazaban mutuamente con la mayor efusion. Así
 acabó el décimooctavo y último concilio general. En ningun
 otro se habian tratado los dogmas y la disciplina con mas re-
 » gularidad y precision ; porque como los novadores lo habian
 atacado todo : dogmas, culto, disciplina, derecho canónico,
 fué necesario que el concilio Tridentino mostrase á la faz del
 mundo los incontrastables fundamentos de la sagrada Escri-
 » tura y la tradicion. La verdadera fe apareció en todo su
 esplendor : la unidad de la Iglesia católica, su jerarquía di-
 » vina, fueron expuestas á los ojos y veneracion del universo ; y
 la reforma, en cuyo nombre habian sublevado y trastornado
 al mundo los protestantes, se realizó completa y tranquila-
 » mente. « Las reformas del concilio Tridentino, dice el protes-
 » tante Ranke, tienen inmenso valor : los fieles quedaron so-
 » metidos á una rigurosa disciplina como en otro tiempo. Se
 » fundaron seminarios y se cuidó de educar á los jóvenes ecle-
 » siásticos bajo una direccion sabia y en el temor de Dios.
 » Fueron reorganizadas las parroquias, y administrados con
 » sabios reglamentos la predicacion y los sacramentos : entró
 » tambien en la reforma del concilio la cooperacion de las
 » órdenes regulares. Fué el mas feliz resultado de aquel el
 » que los obispos con juramento solemne se comprometieron
 » á la observancia de sus decretos y á la sumision al papa. »
 Sin embargo, los príncipes católicos no contribuyeron, como
 era de esperar, al movimiento de reforma que se obraba en la
 Iglesia. Hicieron recibir en sus Estados todos los decretos

dogmáticos sin distincion ; pero los de disciplina encontraron,
 en ciertos puntos, dificultades en Alemania, y aun mas todavía
 en Francia. Los parlamentos se negaron á registrarlos (1).
 Para combatir la mala voluntad de los gobiernos, los obispos
 hicieron recibir esos decretos en concilios particulares. Pero
 la negativa de registro por los tribunales judiciales quedó
 como una arma en manos del galicanismo. Pio IV se apresuró
 en aprobar y confirmar con su autoridad apostólica todos los
 actos del concilio Tridentino. Nombró una congregacion per-
 » manente de ocho cardenales, encargados de interpretar y ha-
 » cer aplicar los decretos ; y en 25 de marzo de 1564 confirmó
 con bula especial el *Índice* ó catálogo de los libros condenados
 por el concilio.

12. « Si los pretendidos reformadores, dice el señor Blanc,
 » hubiesen querido sinceramente la paz y el bien de la Igle-
 » sia, se habrian satisfecho completamente con el concilio
 » Tridentino ; pero bajo el pretexto, especioso en apariencia,
 » de resucitar el siglo apostólico en su primitiva pureza,
 » querian innovarlo todo y levantarse sobre las ruinas de
 » la Iglesia. Ebrios de orgullo respondieron con expresiones
 » injuriosas á los decretos de esta inmortal asamblea, y hom-
 » bres que en nada podian concordarse entre sí, afectaban
 » conocer mejor la verdadera doctrina y la oportunidad de
 » arreglar la disciplina que aquel gran número de obispos
 » reunidos de todos los puntos de la cristiandad, mas venera-
 » bles aun por sus luces y virtudes que por su edad y expe-
 » riencia. » — Los calvinistas franceses no habian cesado de
 agitarse durante el concilio Tridentino. Tan intolerantes como
 atrevidos, quisieron exterminar lo que llamaban idolatría.
 Comenzaron á echar por tierra los altares, á incendiar las
 quintas, á derribar las iglesias. Desde el año 1661, intimaron á
 Carlos IX y á la regenta María de Médicis que mandasen hacer
 trozos las imágenes de Cristo y de los santos. Catalina de

(1) En España, Nápoles, alta Italia, Sicilia, Países Bajos, Américas y Portugal
 fueron recibidos todos los decretos del concilio, sin restriccion alguna, por Felipe II.
 (El Traductor.)

Médicis, cuya máxima favorita era : *Dividir para reinar*, y que temia igualmente ambos partidos, al de Guisa ó católicos por causa de su influencia en el gobierno, y al de los huguenotes por razon de sus furoros, se promedió con ostensiva intencion de tener la balanza igual, pero realmente para destruir al uno con el otro. Esta política que tan profunda creia tuvo por resultado forzoso hacerlos ambos mas fuertes, encender la guerra civil y arruinar la autoridad real. Los Estados generales, que miraba el canciller Miguel del Hospital como único medio de apaciguar tantas animosidades, se abrieron en 1561 en Orleans con auspicios fatídicos. En vano exhortaba el sobrado buen canciller, en su discurso de apertura, á los miembros de los Estados á despojarse de todo sentimiento personal á favor del interés nacional : no se le escuchó. ¿Ni como podía ser de otro modo entre gentes dispuestas á degollarse recíprocamente? Los diputados se separaron sin entenderse en nada. Entonces, el duque Francisco de Guisa, el condestable Mariano de Montmorency y el mariscal de San Andrés, Jaime de Albon, formaron una asociacion llamada el *Triunvirato*, que se proponia el sosten y defensa la religion católica en el reino (1561). Felipe II, rey de España, enemigo declarado de los protestantes, quiso favorecer al triunvirato. En esto se promulgó por Catalina de Médicis, en nombre del jóven rey, un edicto real de julio de 1561. Las facultades que otorgaba á los calvinistas descontentaron mucho á los católicos. La corte, por parecer de Miguel del Hospital, creyó pacificarlos mandando una conferencia entre los doctores de ambas religiones. Se abrió aquella en agosto siguiente, y es muy célebre bajo el nombre de *Coloquio de Poissy*. Seis cardenales y cuarenta obispos se presentaron de parte de los católicos; los calvinistas presentaron trece ministros de la Reforma, con el famoso Teodoro de Beza al frente. El cardenal de Lorena y aun mas el Padre Laynez, general de los Jesuitas, cuya dicción tan pura, lógica y concisa tenia tanta autoridad en el concilio de Trento, confundieron su error. Y el triunfo del último fué tan completo y tan elocuente su discurso, que el parlamento consintió

en confirmar el establecimiento de los Jesuitas en Francia. Hasta el mismo rey de Navarra, testigo de la mala fe de los calvinistas en la conferencia, se separó abiertamente de su partido; y renunciando á sus opiniones heréticas, se unió al *Triunvirato*.

13. Batidos en el Coloquio de Poissy, no por eso dejaron de ser aun mas atrevidos los reformados. Apoyados en las facultades que la cautelosa política de la reina madre permitia para apaciguarlos, no esperaban sino una ocasion. Esta se les presentó el 1º. de marzo de 1562, en que el duque de Guisa, pasando en domingo por Vassy, pueblo de la Champaña, se detuvo para oír misa. Los huguenotes tenian á la sazón su sermon en una granja contigua á la iglesia, y principiaron á cantar desafortadamente sus salmos en el instante mismo en que el sacerdote subia al altar. El duque les envió recado suplicándoles que suspendiesen sus cantos que no permitian la celebracion del oficio divino en la iglesia : mas no le hicieron el menor caso. Algunos de los nobles de su comitiva se habian acercado á la puerta de la granja por curiosidad de ver aquella reunion; mas los que guardaban la entrada pensaron que venian á insultarlos. Se injuriaron unos á otros; se aumentó el tumulto y tomó en fin el giro de un motin. El duque, al oír tal bullicio, salió para restablecer el orden, pero se le hirió en la mejilla. A vista de su herida, los suyos enfurecidos no guardan ya miramiento : en vano trata el duque de apaciguarlos : sordos á su voz, se arrojan sobre los huguenotes, matan unos cincuenta y dispersan á los demás. Hé aquí la tan decantada por los protestantes *carnicería de Vassy*; queriendo dar á un acontecimiento fortuito é impensado las proporciones de una odiosa trama. De todos modos, fué la chispa eléctrica que encendió la guerra civil en todo el reino. « Pasó César el Rubicon, » exclamó furioso el príncipe de Condé. Los calvinistas se pusieron sobre las armas, se apoderaron de las mayores ciudades, Lyon, Rouen, Tours y Orleans, cometiendo toda clase de tropelias y sacrilegios. Saqueaban y profanaban las iglesias, demolian los altares, robaban los vasos sagrados haciéndolos

fundir : hacian pedazos á las imágenes de los santos y quemaban sus reliquias. En Tours no perdonaron al cuerpo de san Martín, restos augustos y venerados de toda la Francia. Asesinaron en varios puntos á los sacerdotes y religiosos. El famoso baron de los *Adrets*, en el Delfinado, puesto al frente de los calvinistas en 1562 cometió actos de inaudita ferocidad. Dos tercios de Francia veían semejantes horrores. En esta primera guerra civil, el rey de Navarra, Antonio de Borbon, unido ya, como hemos dicho, á la causa católica, murió de heridas en el sitio de Rouen, año 1562 (Blanc, tome II). El príncipe de Condé, al frente de un refuerzo de protestantes alemanes, marchaba sobre París para tomarlo por sorpresa ; pero se encontró en Dreux con el ejército católico, mandado por el condestable Mariano de Montmorency y el duque de Guisa, el 19 de diciembre de 1562. Salieron victoriosos estos. Los protestantes se deshonraron con el asesinato del mariscal de San Andrés, Jaime de Albon, que quedó prisionero de guerra en sus manos, en tanto que el duque de Guisa, vencedor, partía su mesa y cama con el príncipe de Condé, su cautivo. La guerra continuó bajo el mando del almirante Coligny, que, dueño de Orleans, hizo allí el baluarte de los calvinistas. El duque de Guisa, nombrado por Catalina de Médicis lugarteniente general del reino, resolvió hacer el mayor esfuerzo para acabar con los rebeldes y se apresuró á investir la ciudad que defendía el almirante. Apretó el cerco con su acostumbrada energía, y ya había tomado uno de los arrabales cuando fué asesinado de un pistoletazo por Juan Poltrot de Meré, noble calvinista (1), y murió pidiendo gracia por el asesino. Así pereció, en 18 de febrero de 1563, el duque Francisco de Guisa, « el

(1) En el sitio de Rouen, ya había sido el duque de Guisa víctima de una tentativa de asesinato por un calvinista. Fué cogido el asesino, y conducido ante el duque, este le preguntó si, sin saberlo, le había dado algún motivo de aborrecerle y quitarle la vida. El asesino confesó que solo lo había hecho por interés de su religión. « Pues bien, le repuso el duque, si tu religión te obliga á matar á un hombre » que, segun tú mismo confiesas, no te había hecho mal ninguno, la mia me ordena » que te perdone. Juzga pues cuál es la mejor de las dos. » E inmediatamente le puso en libertad.

» mayor hombre de su siglo por confesion y boca de sus mismos enemigos, » dice el célebre historiador Thou. El perdón que quiso otorgar á Poltrot, no fué ratificado por los tribunales. Preguntado jurídicamente el asesino culpó á Coligny : el almirante quiso defenderse ; pero las dos apologías que publicó, no bastaron para lavar su memoria y honor de aquesta infamia. La muerte del duque de Guisa obligó á la reina á tratar con los rebeldes. El edicto de Amboise de 19 de marzo de 1563 daba á los calvinistas amnistía general por todo lo pasado, libertad de conciencia y ejercicio público de su culto en una villa ó ciudad de cada bailío. Sin embargo no dejaron de volver á comenzar las hostilidades en 1567. El almirante de Coligny y el príncipe de Condé formaron el proyecto de apoderarse del rey á la sazón en Monceaux de Brie. Carlos IX y Catalina de Médicis lo supieron y se retiraron desde luego á Meaux ; pero antes del amanecer del día siguiente partieron de allí y tomaron el camino de la capital escoltados de un cuerpo de infantería suiza. Esta tropa mandada por el condestable Montmorency se sostuvo tan firme y fiel, que el príncipe de Condé, no osando atacarla abiertamente, se contentó con molestarla muy de cerca durante toda la marcha, que fué larga y penosa. El jóven monarca, que solo contaba diez y siete años, estuvo diez y seis horas á caballo sin comer. Insensible al hambre y al cansancio, animaba él mismo á su escolta. « Buen ánimo, hijos, les decia : mas deseo morir con vosotros » libre y rey, que vivir cautivo. » Nada le disgustó tanto contra el partido calvinista como esta infame trama urdida contra su persona : no la olvidó jamás (29 de setiembre de 1567). Entonces comenzó la segunda guerra civil. Los reformados habían tomado sus medidas. En el mismo día se apoderaron de Orleans, y su furia fué tanta que ni perdonaron á la catedral. Se entablaron negociaciones infructuosas, y el 25 de octubre siguiente el ejército real trabó combate contra los rebeldes en la llanada de San Dionisio, casi á las puertas de la capital. Ganaron los católicos, pero le costó la vida al condestable de Montmorency. Envestido por todas partes y cercado, el

héroe no quiso rendirse jamás. Derribado del caballo y cubierto de heridas, decía á los suyos que venian á asistirlo : « Perseguid, perseguid al enemigo, y no perdais tiempo en curarme : yo deseo morir en el campo del honor. » Se le hicieron honores de sepultura real, y la Francia lloró su muerte como la de un salvador y padre. Catalina de Médicis, aprovechándose de la victoria de San Dionisio, logró hacer paz con los rebeldes. El tratado fué firmado en Longjumeau el 27 de marzo de 1568. No podía ser esto sino una tregua corta, estando los partidos tan exasperados. Así es que el pueblo la llamó la *paz coja*, aludiendo al plenipotenciario de Carlos IX, Gontaut de Biron, que era cojo. Entretanto acababa el pontificado de Pio IV, á quien le reservó Dios un sucesor digno de continuar su obra (9 de diciembre de 1565).

§ II. PONTIFICADO DE SAN PIO V (7 de enero de 1566-1.º de mayo de 1572).

14. El pontificado iba á resplandecer con un nombre para siempre jamás glorioso á la Iglesia y temible á los enemigos de la fe. El concilio Tridentino habia formulado la magnífica teoría de la reforma de la Iglesia; san Pio V se encargó de realizarla. « El décimosexto siglo, dice el conde de Falloux, fué atravesado todo él por tres políticas muy distintas : la política protestante, que se agitaba convulsivamente en el desórden intelectual y social; la razon de Estado de los soberanos, que replica, que combate ó se doblega segun las circunstancias del momento; la resistencia de la Iglesia, que invoca los principios eternos y divinos. » San Pio V fué el hombre de la resistencia católica, y dedicó todo su pontificado á esta hermosa mision. En Francia sostuvo con sus consejos, autoridad y tesoros la causa de la verdadera fe contra el atrevimiento de los cismáticos. En Inglaterra tomó abiertamente la defensa de María Stuart, víctima inocente de las sanguinarias venganzas de Isabel. En los Países Bajos favoreció á las medidas de órden y represion ordenadas contra los *Descamisados* por Felipe II, rey de España; por fin coronó esta carrera de

luchas exteriores con la alianza contra los Turcos y la gloriosa victoria de Lepanto. En lo interior reformó la administracion eclesiástica, restableció la unidad de liturgia, proscribió los errores de Bayo; se mostró como muro de bronce contra la corrupcion de costumbres, trabajó con celo infatigable á la extirpacion de los abusos, desórdenes y crímenes. Su reinado fué un continuo combate : habia animado toda su conducta é inspirado sus actos el espíritu de san Gregorio VII y de Inocencio III. Por fin restableció el pontificado al elevado rango desde donde domina á las naciones y á los reyes, y del cual habia querido precipitarle el protestantismo.

15. La influencia del cardenal san Carlos Borromeo era omnipotente en el conclave, que se reunió para dar sucesor á Pio IV, su tio. « He resuelto, decia, no tener miramiento alguno en la eleccion sino á la religion y á la fe. Así que me convencí de la piedad, vida ejemplar y santos pensamientos del cardenal de Alejandría, Miguel Ghislerio, pensé que la Iglesia no podia ser mejor gobernada que por él. » Los sufragios del sacro colegio ratificaron la eleccion del santo, y fué elegido soberano pontífice el cardenal Miguel Ghislerio. Este nombramiento le sumió en el mayor dolor; y se quedó como mudo cuando sus compañeros fueron á ofrecerle los homenajes de costumbre. Se le preguntó la causa de su silencio : « ¡ Ah! respondió, en mi convento pensaba salvarme : hecho obispo cardenal, comencé á temer; mas creado papa desespero de mi salvacion. » Los católicos fervorosos aplaudieron su promocion : « Dios nos ha resucitado á Paulo IV. » Mas el pueblo romano, atemorizado de la austeridad de costumbres y conducta del nuevo papa, temia mucho. San Pio V lo supo y dijo : « Confiamos en Dios y esperamos tener un reinado tal que los pueblos, á nuestra muerte, tendrán aun mucho mas pesar que á nuestro advenimiento. »

16. Sus primeros actos fueron de celo por la disciplina, de que tantas pruebas dió en todo su pontificado. « Desterró el lujo inútil, convirtió en limosnas las larguezas que los papas acostumbraban hacer en su exaltacion; corrigió las costum-